

ENRIQUE FANJUL

Luces y sombras de la China de la reforma

La política de la reforma ha mejorado la economía de China, que está siendo uno de los principales focos de crecimiento y comercio en la economía mundial. Las hipótesis catastrofistas sobre el futuro de China carecen de fundamento. China está preparada para afrontar las posibles dificultades que puedan producirse por su gran población; ejemplo de ello es el modo en que se están desarrollando las migraciones de población. Políticamente, la situación permanece estable y no hay indicios de que el Gobierno o la unidad territorial cambien a medio o largo plazo. Igual de equivocadas son las teorías que alarman sobre la amenaza china.

1997 fue un año decisivo en la evolución de China, un año que marcó la entrada en una nueva etapa. En febrero murió Deng Xiaoping, el gobernante supremo de China durante dos décadas, el artífice de la política de reforma que se adoptó a finales de los años setenta y que ha transformado de manera radical el panorama del país. En el verano se produjo la recuperación de Hong Kong (que será seguida en 1999 por la de Macao). Con ello se cierra la última herida que quedaba del largo periodo, iniciado a mediados del siglo pasado, en el que China sufrió agresiones exteriores a su soberanía. Para el pueblo chino que tiene un profundo sentimiento nacionalista, la recuperación de Hong Kong ha tenido un alto significado simbólico.

En el otoño se celebró el XV Congreso del Partido Comunista Chino (PCCh). Este Congreso sancionó formalmente los puestos claves del Partido para los próximos cinco años. Tras la muerte de Deng Xiaoping, el Congreso tuvo una especial relevancia. Deng estaba apartado de la gestión de los asuntos políticos desde hacía años. La sucesión parecía estar resuelta desde hacía tiempo, con Jiang Zemin (el Secretario General del Partido y Presidente de la República Popular China) como centro de un poder político que tiene un carácter más colectivo, y menos personalista, que el que existió con Mao y Deng. Pero la figura de Deng continua-

Enrique Fanjul es autor del libro *Revolución en la revolución. China, del maoísmo a la era de la reforma*, Madrid, Alianza Editorial, 1994. Fue consejero comercial de la Embajada de España en Pekín. Actualmente es presidente del Comité Empresarial Hispano-Chino y gobernador en representación de España en la Fundación Asia-Europa.

ba siendo una referencia fundamental en el sistema político. Por ello, el congreso adquiriría mayor trascendencia. Hasta entonces se podía especular sobre si Deng daba su respaldo a tal o cual personalidad o tendencia. Ahora, con Deng desaparecido, en el congreso del PCCh se ha confirmado oficialmente la sucesión en el poder. Es decir, se ha revalidado la dirección política que debe conducir los destinos de China en los años de transición al nuevo milenio.

Para China se trata de dos hitos decisivos: superar definitivamente el trauma de las humillaciones exteriores y consolidar la sucesión política a Deng Xiaoping. Se ha abierto una nueva era, la era post-Deng Xiaoping, en la que China entra históricamente —sino cronológicamente— en el siglo XXI, y en la que el crecimiento económico será el factor esencial para darle cohesión y estabilidad.

El pacto social de Deng

La política de la reforma, a pesar de sus defectos, está suponiendo una fase de crecimiento, paz y estabilidad como China no conocía desde hace mucho tiempo.

Con la política de reforma que lanzó a fines de los años setenta, Deng Xiaoping estableció un pacto social con el pueblo chino. Este pacto tenía dos grandes componentes. Por un lado, el pueblo se comprometía a aceptar el papel dominante del Partido Comunista. Por otro, éste se comprometía a darle dos cosas: un mayor grado de libertad personal y desarrollo económico.

Hasta ahora, el pacto se ha cumplido. Se han ampliado las libertades individuales para elegir trabajo, cambiar de residencia, acceder a la cultura del exterior; y no sufrir las persecuciones políticas arbitrarias y las campañas agobiantes de adoctrinamiento que caracterizaron la etapa de Mao.

En segundo lugar, han mejorado espectacularmente las condiciones materiales de vida de la población, gracias al intenso crecimiento económico producido por la reforma. Desde que se adoptó la política de reforma, la economía china ha logrado mantener una tasa media de crecimiento de un 10 por ciento anual. En 1996 el crecimiento de la economía fue de un 9,7 por ciento. En 1993 la renta per cápita aumentó, en términos reales, un 3,4 por ciento en las zonas urbanas y un 8 por ciento en las rurales.

Los indicadores de solvencia de la economía china ofrecen un panorama de solidez. En 1996 la balanza comercial tuvo un superávit de 12.000 millones de dólares, y las reservas de divisas alcanzó la cifra récord de 105.000 millones de dólares, convirtiendo a China en el segundo país del mundo con mayor nivel de reservas. Tanto si medimos el tamaño de su deuda exterior en relación con su PIB, como el servicio de la deuda, los indicadores ofrecen una situación muy favorable en una comparación internacional. Por otro lado, la economía china está demostrando una gran efectividad para aumentar sus ingresos exteriores e incrementar sus exportaciones.

La mayoría de los organismos internacionales que realizan un seguimiento regular de la economía china concluyen que ésta puede continuar siendo a medio y largo plazo uno de los principales focos de crecimiento y comercio en la economía mundial.

De esta forma, un inmenso país con más de 1.200 millones de habitantes

está logrando, en un plazo de tiempo históricamente corto, superar el subdesarrollo, y transformar radicalmente las condiciones de vida de su población, a la que está dotando de un nivel de vida digno y que ya, en amplias zonas, corresponde a una incipiente sociedad de consumo.

La política económica se orienta con determinación a expandir las relaciones con el exterior en todos los órdenes: comercio, inversiones, tecnología, etc. La política de reforma es irreversible. Por los múltiples vínculos establecidos con el exterior, un intento de dar marcha atrás en la política de reforma tendría unos costes enormes para China. La opción de un retroceso que en teoría sería posible, en la práctica no puede considerarse más que como una opción remota.

La polémica sobre el futuro económico

A pesar de la solidez que muestran los indicadores económicos, abundan los análisis polémicos o alarmistas sobre el futuro económico de China. Según algunos de estos análisis, detrás de lo que aparenta ser un sólido crecimiento de la economía china se ocultan tensiones y debilidades de diverso tipo, como fuga de capitales, inflación galopante, corrupción descontrolada y piratería intelectual. Hay quien ha llegado a afirmar que la razón principal del *boom* económico es que "los trabajadores chinos están felices de trabajar duramente por un salario de 100 dólares al mes" (Perry Link, *The New York Review of Books*). Pero estos análisis no tienen en cuenta que en muchos países del Tercer Mundo que se debaten en la miseria y no logran poner en marcha procesos de crecimiento sostenido, la gente está dispuesta a trabajar aun por menos dinero.

En los últimos tiempos se ha desarrollado incluso una línea argumental que anuncia grandes catástrofes para la humanidad como consecuencia del crecimiento de la economía china. Así, el investigador estadounidense Lester Brown predice una crisis mundial alimenticia provocada por el aumento de la demanda de alimentos en China; aumento provocado por el crecimiento de su población y, de manera más determinante, por el aumento de su nivel de vida. Teniendo en cuenta el crecimiento de la población; que el aumento del nivel de vida provocará una mayor demanda de alimentos; que el suelo agrícola de China se ve amenazado por su transformación a otros usos (viviendas, fábricas); y que, según Brown, ya no hay margen para incrementar la productividad agrícola, el resultado será que se generará un gran déficit alimentario. La producción de cereales de China disminuirá entre mediados de los años noventa y el año 2030 por lo menos en un 20 por ciento, mientras que el consumo aumentará en torno a un 40 por ciento. El resto del mundo no podrá cubrir ese déficit. ¿Quién alimentará a China? se pregunta Lester Brown.

Lester Brown es conocido en la comunidad científica internacional por su predisposición a las previsiones catastrofistas. Sus argumentos acerca de la crisis alimentaria de China han sido cuestionados seriamente por expertos en temas agrícolas. Dennis T. Avery, un investigador especializado en temas agrícolas del Instituto Hudson de Estados Unidos, ha señalado a este respecto algunos hechos que invalidarían el alarmismo de Brown. Por ejemplo, en Estados Unidos, en más de 20 millones de hectáreas se han dejado de cultivar cereales debido a la existencia

*Por los
múltiples
vínculos
establecidos
con el
exterior, un
intento de dar
marcha atrás
en la política
de reforma
tendría unos
costes
enormes para
China.*

de excedentes de los mismos. Esta tierra podría producir, de forma inmediata, más de 100 millones de toneladas de cereales al año. Argentina destina a pastos unos 30 millones de hectáreas de excelente tierra porque no tiene mercado para aumentar su producción de cereales; en ellas se podrían producir entre 100 y 200 millones de toneladas de cereales. Según Avery, "solo con estos dos países se pueden cubrir fácilmente el déficit de cereales predicho por Brown"¹. Esto sin tener en cuenta la gran potencialidad de mejora de la productividad a través de innovaciones científicas, como la biotecnología.

Los catastrofismos del estilo de Brown se han aplicado a otras esferas de la economía mundial. Así, Vaclav Smil, un científico canadiense, ha pronosticado una crisis energética mundial en el caso de que China entre en un proceso de difusión masiva del automóvil, por el aumento en el consumo de combustibles que supondría. La implicación es sencilla: "el automóvil no se puede extender a los 1.200 millones de chinos, ni siquiera a 100 ó 200 millones"².

En relación con el futuro económico de China, hay un hecho que sí parece indiscutible, y es el resultado de lo que se podría calificar como el voto del mercado. Miles de empresas de todo el mundo están invirtiendo en China, están apostando, por tanto, por un futuro relativamente optimista. Cientos o miles de hombres de negocios chinos de ultramar (de Hong Kong, Singapur, Tailandia), de los que cabe esperar un buen conocimiento sobre la situación de China, también invierten y apuestan por China.

En 1996 la inversión extranjera desembolsada en China ascendió a 40.000 millones de dólares; China fue por tercer año consecutivo el segundo mayor receptor de capitales extranjeros en el mundo, después de Estados Unidos. Hasta fines de dicho año, se habían puesto en operación más de 140.000 empresas con participación de capital extranjero.

Quizá los pronósticos tan agoreros sean acertados. Pero, hoy por hoy, el voto del mercado, el voto de la comunidad económica internacional, es un voto que apuesta, por abrumadora mayoría, en favor de la estabilidad y el optimismo.

Las migraciones de población

Uno de los fenómenos sociales más significativos de los primeros años noventa ha sido el de las migraciones internas. Millones de chinos —hasta 100 millones, según algunas estimaciones— se han desplazado desde sus lugares habituales de residencia —normalmente, las zonas atrasadas del interior— hacia las zonas costeras, en busca de trabajo y nuevas oportunidades económicas. El proceso se ha realizado con poco orden: la población inmigrante o flotante ha sido un foco propicio a la delincuencia y al incumplimiento de las políticas sociales como el control de natalidad. Para algunos, las migraciones constituyen una de las muestras más representativas de la desintegración y la crisis de China. Su origen son

¹ Dennis T. Avery "Feast or Feamine?", *Far Eastern Economic Review*, uno de diciembre de 1994.

² *International Herald Tribune*, 23 de septiembre de 1994.

los desequilibrios de renta entre unas y otras zonas del país. Sus consecuencias son el desorden, el caos. La población inmigrante, o flotante, puede llegar a ser el origen de las explosiones sociales más amenazantes.

El fenómeno de las migraciones tiene efectos negativos, pero también es un reflejo de tendencias positivas que contradicen directamente los análisis pesimistas. En primer lugar, las migraciones no son un reflejo de desintegración o ruptura territorial, sino todo lo contrario; son una muestra de integración económica. Los trabajadores emigran de las zonas más atrasadas, en las que las posibilidades de empleo son menores y los salarios más bajos, hacia las zonas en donde hay mejores perspectivas de trabajo y mayores salarios. Las emigraciones aumentan la interrelación económica entre las diferentes partes de China. En las regiones que atraen población inmigrante, la llegada de trabajadores inmigrantes presiona a la baja los salarios. En las regiones pobres, emisoras de mano de obra, el descenso de población favorece el aumento de la renta per cápita; aumento que se ve a su vez potenciado por las transferencias que envían los trabajadores emigrantes. De esta forma, las migraciones contribuyen a disminuir los desequilibrios económicos regionales.

Las migraciones son pues una manifestación de integración económica, y no de desintegración. Ayudan a reducir los desequilibrios económicos entre las regiones. Al fin y al cabo, las migraciones del campo a la ciudad, de las zonas más atrasadas a las zonas más desarrolladas, han sido un fenómeno habitual en el desarrollo económico de numerosos países, como también ha sido frecuente el que hayan ido acompañadas de consecuencias sociales negativas. Al igual que en otros países, los trabajadores inmigrantes han terminado asentándose en sus nuevos lugares de trabajo, lo mismo podría ocurrir en China; o mejor dicho, lo más normal es que ocurra. No hay ninguna razón para esperar que la población flotante que ha emigrado a Cantón o Shanghai vaya a seguir viviendo indefinidamente en la precariedad, en chabolas, en el descontrol. Millones de españoles emigraron del campo a las ciudades en las décadas de los sesenta y setenta y terminaron estableciéndose en éstas, y lo lógico es que en China pase algo similar.

*La población
inmigrante, o
flotante,
puede llegar a
ser el origen
de las
explosiones
sociales más
amenazantes.*

Perspectivas de estabilidad política

En lo que se refiere a cuestiones políticas, hay tres asuntos que se advierten en los pronósticos pesimistas sobre el futuro de China. El primero se refiere a la inestabilidad política que se produciría en el proceso de sucesión de Deng Xiaoping, que podría derivar a una guerra entre personalidades y/o facciones del Partido Comunista Chino. Este pronóstico establece una analogía entre la situación actual y el anterior proceso de sucesión en la historia de la República Popular, a la muerte de Mao, que se caracterizó por fuertes enfrentamientos internos en el Partido. En un primer momento fue eliminada la facción izquierdista de la "banda de los cuatro"; y, tiempo después, el heredero "oficial" de Mao, Hua Guofeng, fue desplazado por Deng Xiaoping y el sector pragmático del Partido que se hizo finalmente con el poder. Hoy, aunque a corto plazo la sucesión parece que se ha resuelto en torno a la figura de Jiang Zemin, a medio plazo puede desencadenarse una lucha por el poder.

El segundo argumento pesimista se refiere a la unidad territorial de China. De un lado, las presiones de las provincias, en especial las más ricas, para conseguir

La descentralización del sistema económico no se ha producido en el sistema político.

una creciente independencia respecto al Gobierno central; y, por otro lado, la emergencia de nacionalismos en zonas en las que existen minorías, se han intensificado en los últimos años y podrían desembocar en el desmembramiento de la República Popular China.

El tercer gran tema apuntado por los defensores de los pronósticos alarmistas, y que ha cobrado especial auge en los últimos meses, es que la nueva China de la reforma constituye un peligro para la comunidad internacional, una amenaza a la estabilidad mundial que debe ser vigilada y contenida con la máxima atención y firmeza. Y exponen como prueba de la existencia de una política exterior agresiva china varios ejemplos: los ejercicios militares, con lanzamiento de misiles, en las proximidades de Taiwan, con el fin de intimidar y advertir a las autoridades taiwanesas sobre los peligros que pueden acarrear sus posibles pretensiones independentistas; las ventas de armas a Irán o Pakistán; las reclamaciones territoriales sobre las islas Spratlys.

¿Debemos prepararnos, por tanto, para un escenario de inestabilidad en la China del futuro, un escenario que tendría efectos desestabilizadores en la zona asiática y en toda la comunidad internacional?

En lo que se refiere a la cuestión sucesoria, la situación actual del Partido Comunista Chino es muy distinta a la que tenía a la muerte de Mao. Entonces el Partido estaba dividido y, actualmente, no existen unas divisiones que se acerquen, ni lejanamente, a las divisiones que había en 1976. Hay un consenso generalizado, entre los dirigentes del Partido Comunista, y entre la inmensa mayoría del pueblo chino, sobre el objetivo que debe ser prioritario: la modernización y el desarrollo económico. China depende cada vez más del comercio exterior, de las inversiones extranjeras y de un entramado de relaciones económicas con el mundo exterior, crecientemente denso y complejo, que se vería muy dañado por una situación de inestabilidad política. El programa político y económico cara al futuro está decidido. Y los dirigentes que van a regir China durante los próximos años ya están en los centros del poder, aunque pueda haber una cierta reordenación de puestos (en la primavera de 1998 deberá ser sustituido el Primer Ministro, Li Peng).

La liberalización económica ha supuesto en China un considerable grado de descentralización, en el sentido de que ha habido un amplio traspaso de poderes desde el centro (Pekín) a niveles administrativos de ámbito inferior como provincias, municipios y empresas. Esta descentralización ha conllevado desórdenes y tensiones, que se han reflejado en falta de coordinación, actuaciones cuasi independentistas por parte de ciertos gobiernos locales, o incapacidad del gobierno central para aplicar sus políticas de orden nacional.

Sin embargo, no hay que confundir la descentralización, o las tendencias centrífugas, a nivel del sistema económico, con el peligro de ruptura de la unidad política del Estado. La descentralización del sistema económico no se ha producido en el sistema político. El Partido Comunista continúa siendo un partido con una organización centralizada para toda China; y no ha dado signos de que se hayan producido en su seno las tensiones independentistas que se han manifestado en el terreno económico. Y lo que es más relevante el poder militar sigue manteniendo una estructura unitaria y centralizada, sin que se hayan podido apreciar indicios que revelen la aparición de fisuras en el Ejército Popular de Liberación.

En el trasfondo de este tema hay que tener en cuenta, además, el poderoso espíritu nacionalista y patriótico que tiene el pueblo chino, que ha aprendido a valorar a lo largo de su historia la importancia de la unidad nacional. En la historia china la desmembración ha estado asociada a la decadencia. Para el pueblo chino, una de las realizaciones más importantes del régimen comunista es haber devuelto a su nación la unidad y, con ella, la soberanía nacional y el orgullo de ser una potencia internacional de primer orden, tras un largo periodo histórico durante el cual China, debilitada por su desunión, sufrió constantes agresiones exteriores y lesiones a su soberanía.

El mito de la amenaza china

China no tiene por que ser una amenaza para el mundo. Los objetivos de China en sus relaciones con el exterior no son expansionistas o imperialistas. Sus dos objetivos fundamentales son la modernización económica —el eje básico de la política de reforma en general y el hilo conductor de la política china en su conjunto desde fines de la década de los setenta— y la defensa de su seguridad.

China no pretende ser una potencia imperialista o expansiva ni extender sus esferas de influencia más allá de lo que considera necesario para defender su seguridad territorial. Un hecho inadvertido es que China no ha mostrado históricamente una tradición imperialista. Al contrario, de forma deliberada buscó durante mucho tiempo el aislamiento exterior. Lo que sí tiene es una extraordinaria sensibilidad por las cuestiones que afectan a su unidad, a su integridad territorial. La virulencia con la que reacciona cuando piensa que se hallan en peligro sus intereses es lo que puede dar una imagen de China con afanes de dominación en la escena mundial.

Ahora bien, la propia evolución de China estará influida de manera determinante por la política que mantenga hacia ella la comunidad internacional. Frente a planteamientos basados en el enfrentamiento, la política más adecuada para favorecer una China estable y pacífica es aquella que fomente su integración en la comunidad internacional. A través del comercio, los intercambios culturales, su pertenencia a los organismos internacionales, China y los demás países aprenderán a conocerse mejor y a despejar los recelos mutuos. China comprenderá que pertenecer a la comunidad internacional exige unos requisitos mínimos de comportamiento, aceptar unas normas de juego. Aprenderá, así mismo, a desprenderse poco a poco, de sus temores de que las intenciones de la comunidad internacional —o de una parte de ella— son debilitar a China, minar su unidad y frenar su desarrollo. Desde el punto de vista económico, por ejemplo, y para lograr los anteriores objetivos, es fundamental que China se incorpore a la Organización Mundial de Comercio.

China no es, no tiene por que ser, un peligro o una amenaza para el mundo. Al revés, puede ser una fuente de contribuciones positivas en muchos aspectos. Pero la comunidad internacional tiene que ayudar a ello, alentando una dinámica que favorezca su apertura y su integración internacional, y no una dinámica que favorezca su aislamiento o dé argumentos a los grupos que dentro de China preconizan el recelo o la desconfianza hacia el mundo exterior.

*Un hecho
inadvertido es
que China no
ha mostrado
históricamente
una tradición
imperialista.*